

SERMON DUODÉCIMO.

De la Fe.

La mayor parte de los que se atribuyen el derecho de juzgar el cristianismo, no lo conocen: ignoran los hechos y las ideas en que está fundado; y aun podrian ser conocidas estas cosas, se podria tener un conocimiento exacto de todos los hechos cristianos, de todas las ideas cristianas, y hasta se podria acogerlas benévola-mente, respetarlas en su espíritu y honrarlas en su corazon, y sin embargo no ser cristiano: porque no basta saber para ser cristiano; se necesita mas, se necesita creer, segun aquella palabra escrita en la primera página de Evangelio: *Jesucristo ha dado el poder de ser hechos hijos de Dios á cuantos le recibieron, y creen en su nombre* (1). Pero ¿cuál es esa fe que debe agregarse á la ciencia? ¿Cómo comprender que la ciencia no basta, y que se necesita otra cosa para llegar á la adoracion de Dios en espíritu y en verdad? ¿Qué puede haber sobre la ciencia, sobre el ver y el saber? ¿Cómo puede ser propuesto á la ciencia y á la fe un objeto mismo? ¿Cuál es en suma la naturaleza de la fe?

Os hemos dicho, Señores, al empezar los Sermones de este año, que el misterio del bien y del mal, que es la materia de la doctrina de la Iglesia, tenia un lado visible y un lado invisible, una faz luminosa y otra faz oscura; que por su lado visible era un objeto de ciencia, y por su lado invisible un objeto de fe; despues os hemos señalado las fuentes en que la Iglesia católica bebe esta doctrina de doble forma, haciéndoos observar la luz mas bien que las sombras, lo que convence al espíritu mas bien que lo que le detiene y le demanda sumision. Ahora debemos retroceder hácia el punto que hemos descuidado, hablándoos de las oscuridades, por cuyo lado es el cristianismo un objeto de fe.

Lo que es claro, Señores, en el cristianismo, lo que se demuestra científicamente, son los fenómenos que produce, fenómenos físicos,

(1) S. Juan, cap. 1, vers. 12.

morales, intelectuales, de los que ya conocemos algo y que estudiaremos mas tarde bajo otros aspectos. Lo que es oscuro, lo que no habeis visto, es la sustancia que admite esos fenómenos, y es por ellos manifestada. Así la tradicion, la Escritura y la razon os anuncian la existencia de Dios; pero ¿quién ve la sustancia divina? Todo nos habla de ella; nada rasga el velo que la cubre; permanece en el fondo del santuario como una estatua á quien se adora, cuya presencia y cuya accion se sienten, sin que mirada alguna la haya profanado. La tradicion, la Escritura y la razon os anuncian la creacion del mundo por Dios; pero ¿quién ha visto el acto creador? ¿Quién percibe la diferencia intrínseca entre la sustancia creada y la sustancia increada? ¿Quién ve el tránsito de la nada al sér? Numerosos fenómenos os revelan la degradacion de la humanidad; pero no veis en la sustancia misma del hombre ese vicio original, que se revela no obstante por tantos efectos exteriores. Otros fenómenos os enseñan la reparacion de la humanidad por Dios; pero no descubris el efecto reparador en la sustancia misma del hombre. Cuando el agua regeneradora del bautismo corre sobre la frente del recién nacido, no veis la gracia, la pureza, el Espíritu Santo que descende al corazon del niño, que ni sabe siquiera lo que se hace. Se le dice: « Ojos, abríos: oid, oidos: boca, habla. » Y sus ojos no se abren, sus oidos no oyen, su boca continúa cerrada; el misterio se consume en una region inaccesible á nuestros sentidos y á nuestro espíritu. Lo mismo sucede con todo el cristianismo; dice la verdad y la prueba, si bien sin demostrárnosla en su fondo y en todos sus permenores.

Comprendeis ahora, Señores, cómo la misma doctrina puede ser ciencia y fe al mismo tiempo, porque su objeto es á la vez visible en sus fenómenos, é invisible en su sustancia. El fenómeno conduce lógicamente á afirmar la sustancia, y está ligado á ella como el efecto á la causa. Yo no veo la causa en el efecto; pero concluyo legítimamente del efecto á la causa. Tampoco veo la sustancia en el fenómeno; pero concluyo legítimamente del fenómeno á la sustancia; y por consiguiente la doctrina católica tiene el carácter de una verdadera ciencia bajo dos aspectos, pues atestigua los fenómenos religiosos, y establece su trabazon cierta con un órden sustancial, oculto á nuestros ojos.

Pero el hombre quiere pasar mas allá de los fenómenos, no se detiene fácilmente á la entrada de la verdad; porque siendo luz su entendimiento, toda oscuridad le molesta. En vano se le muestra el

mundo invisible por mil fenómenos sorprendentes; como no puede representársele y figurársele, le considera con cierta especie de desconfianza y de antipatía; no se acerca á él sino trémulo, á semejanza del hombre que va á entregarse al hierro del cirujano, que se estremece á la vista del aparato con que le rodea, y que tiene necesidad de todo su valor para abandonarse á la mano de que depende su salud. Por eso el alma permanece libre delante del mundo invisible, empujada hácia él por una parte á causa de los fenómenos que le atestiguan su existencia, y detenida en otro sentido por la inexorable venda que oculta la sustancia íntima á sus investigaciones. Solo la fe la pone con él en una relacion firme y constante, la fe, á que llama S. Pablo *la sustancia de las cosas que se esperan, y la demostracion de las cosas que no aparecen* (1). Frase profunda, la cual nos indica que el objeto de la fe es lo invisible, que lo invisible es la *sustancia de las cosas*, y que solo la fe da de ello la *demostracion* ó la certidumbre absoluta, adhiriéndonos de una manera irresistible, aunque libre, al testimonio divino. Así la fe es, á la vez, un acto de razon y un acto de virtud: un acto de razon, porque se apoya en los fenómenos visibles que manifiestan las cosas invisibles; un acto de virtud, porque no demostrando los fenómenos á nuestro alcance el fondo misterioso de las cosas que nos revelan, el alma nécesita de un esfuerzo y de un consentimiento para adherirse á lo que no comprende.

Es probable, Señores, que en este momento os agite una idea, diciéndoos á vosotros mismos: Si eso es así, ¿por qué no ha de ser toda doctrina una mezela de ciencia y de fe, puesto que el objeto de toda doctrina es necesariamente fenomenal y sustancial, compuesto de algo que aparece y de algo que no aparece? Es verdad, Señores, saludo vuestra idea y la acepto: no hay doctrina en que la ciencia y la fe no se encuentren y no tengan necesidad una de otra, al menos hasta cierto punto, y cabalmente por eso todo en este mundo, hasta las cosas mas palpables, se ve expuesto á ser para el espíritu objeto de duda ó de negacion.

Empecemos por las ciencias físicas. No es raro oír decir á médicos jóvenes, y hasta á médicos viejos: Cuando yo haya descubierto en el cuerpo el punto donde reside el alma, creeré en el alma. Se le puede responder: ¿Con que creéis en los cuerpos, porque los habeis visto? Pues bien, os anuncio una triste y deplorable nueva, y

(1) Epist. á los Hebros, cap. 11, vers. 1.

es que no los habeis visto nunca. Con efecto, ¿qué habeis visto en eso que llamais cuerpo? Ciertas propiedades, la extension, el peso, el color, la figura; pero la sustancia, lo que está debajo, os digo que no la habeis visto. Si quereis la prueba, prescindiendo de toda reflexion, elevad la temperatura á algunos grados; ¿qué vienen á ser esas propiedades, la extension, el peso, el color, la figura? Todo cambia, todo se disipa, como la bomba de jabon que se desvanece en el aire. Solo poseeis lo exterior, y os asís á ello como si fuera alguna cosa sustancial; pero por poco que se alteren las condiciones, si el calor de la atmósfera sube algunos grados, todo se os arrebatá, y quedais solo en vuestro laboratorio. Y no obstante creéis en la existencia del cuerpo, creéis firmemente, y haceis bien, porque para ello advertís en los fenómenos razones bastantes. Esa es una fe, no una fe divina, porque el objeto no es divino, ni los fenómenos lo son tampoco; es una fe natural, y tanto es una fe, aun á los ojos del sentido vulgar, que nada es mas frecuente que oír expresiones como estas: Creo, él cree en la existencia de los cuerpos.

Lo mismo sucede en las ciencias fisiológicas. Se estudian los fenómenos de la vida, se les describe, se les compara; se ven explicados el uno por el otro y corresponderse el mal, el remedio y las modificaciones que produce. Pero ¿conoceis la sustancia de la vida? Para unos es la organizacion, segun otros es la sangre, estos piensan que es el espíritu, aquellos confiesan que nada saben. Apremiada á recoger hechos, tambien se cuida poco la ciencia de ir mas allá, y cuando se le habla de la sustancia cree honrarse á sí misma, diciendo: Yo no me ocupo de esas cosas, ahí no hay nada de positivo, mi dominio son los hechos; y es como si dijera: Mi dominio está en la superficie, no voy ni una sola línea mas abajo. Se cree, pues, en la vida del mismo modo que se cree en los cuerpos, porque se ven los fenómenos exteriores.

Mas allá de la vida de los sentidos está la del espíritu: percepciones primitivas, ideas adquiridas, juicios, deducciones, principios y consecuencias, cosas todas de que tenemos en nosotros la conciencia y la certidumbre. Pero ¿veis acaso la sustancia que piensa? Los espiritualistas la llaman alma, y afirman que es una sustancia totalmente diferente de los cuerpos, sin figura, sin color, sin pesadez, sin divisibilidad, sér que se escapa á todo esfuerzo de la imaginacion cuando quiere representársele. Los materialistas sostienen que el alma es una quimera, y que el pensamiento es el resultado simplísimamente de cierta perfeccion en los órganos del cuerpo, lo cual está

probado segun ellos, entre otras razones, por el desarrollo paralelo del espíritu y de la estructura física en la serie ascendente de los séres. Así nada es mas comun que estas expresiones : Este cree en el alma, y aquel no cree.

Por último, si salís de las ciencias particulares para considerar el órden lógico, que es la base de todo conocimiento, necesitáis remontaros á los primeros principios, á los axiomas que proclamáis como indemostrables, haciendo descansar de este modo las proposiciones que se demuestran sobre proposiciones que no se demuestran, y construyendo el edificio de la razon sobre cimientos que carecen de ella, y que calificáis soberbiamente con el nombre de axiomas. Decís, es verdad, que esos axiomas son tan evidentes que no necesitan pruebas, y que es imposible remontarse mas arriba. Señores, la verdad no tiene columnas de Hércules : sobre el cuadrante de la verdad, vuestra aguja recorre cierto espacio ; anda, por ejemplo, desde las doce hasta las seis, y luego decís viendo acercarse las tinieblas : No se pasa mas adelante. Os engañáis, la verdad pasa mas adelante. Despues retrocede vuestra aguja, vuelve al mediodía y decís entonces : Aquí hay demasiada luz para que se necesite ir mas lejos. Os engañáis segunda vez ; la verdad sigue siempre, porque la verdad llama á la verdad, y si nos fuese permitido percibir la luz infinita, veríamos que la luz va á la luz, la evidencia á la evidencia, y que lo infinito encuentra, saluda, estrecha á lo infinito. Llegada la ciencia á un punto en que su impotencia la detiene, os grito : Alto aquí ; pero la verdad no os dice que os detengais en ninguna parte : la verdad es como un rio que descende al Océano, y los vapores que emanan del Océano se remontan á su nacimiento para alimentarla ; de modo que sea en su nacimiento, sea en su embocadura, siempre se encuentra el Océano todo entero. Y nosotros, colocados en nuestra navecilla intelectual, remontamos el curso del rio y lo descendemos ; pero por una parte hallamos, como cataratas intransitables, esos axiomas que nos estorban ir mas arriba hácia el origen de la verdad, y por otra descubrimos el Océano de lo infinito, á través del cual no osamos seguir las consecuencias de aquella. Donde quiera y siempre, al principio y al fin, la luz que ilumina la sombra, la sombra que oscurece la luz, el camino y el límite, la ciencia y la fe.

Ved, Señores dónde he llegado : hasta sobre el terreno de la lógica, que todo lo domina, que se aplica á todo, que todo lo examina, hasta en los axiomas, fundamento de la razon humana, os he hecho reconocer un elemento oscuro, y por consiguiente un elemento de

fe : no es esto decir que los axiomas no sean la última evidencia ; pero esta evidencia no impide que yo busque algo mas allá de ellos mismos, el axioma sustancial en vez del axioma lógico, la luz eterna en vez de la luz comunicada, la verdad en si misma en vez de la verdad que ha descendido á un espíritu que puede perderla por un accidente, que puede perderla por la locura. Esto os conduce á ver que el mundo natural está ligado á un mundo superior, al mundo divino ; la ciencia natural á la ciencia divina ; la fe natural á la fe divina ; y que el axioma es cabalmente el punto de encuentro y de reunion de estos dos órdenes á los cuales pertenecemos, y que no nos asiste ni el derecho ni el poder de separarlos, si queremos ser consecuentes.

Cuando os decia en uno de mis discursos anteriores que erais místicos á pesar vuestro, ví á algunos de vosotros sonreirse, imaginando acaso que esto fuese una figura retórica. Ahora propenderéis menos á acusarme de exageracion, pues teneis la prueba de que la fe es un elemento necesario y universal del entendimiento humano, cualquiera que sea el objeto á que aplique las facultades, y que solo conviene no confundir la fe relativa á las cosas del mundo inferior con la relativa á las cosas del mundo superior ó divino. Creéis en los cuerpos, creéis en la vida, creéis en el alma, creéis en la palabra de un hombre honrado, creéis en los axiomas ; y al mismo tiempo poseéis la ciencia de los cuerpos, la ciencia de la vida, la ciencia del alma, la ciencia de la moral, la ciencia lógica : creéis y sabeis con relacion al mismo objeto, y á todas horas explicáis esta doble situacion de vuestro entendimiento con la repeticion incesante de estas dos palabras : yo creo, yo sé. La fe y la ciencia se hallan encadenadas en vuestra alma, como los fenómenos y la sustancia se hallan encadenados en los séres ; y si quereis á todo trance desembarazaros de la fe, de esa fe semejante á una águila cuyas garras os tuvieran suspendidos por los cabellos encima de un abismo, no os quedará mas recurso que negar la sustancia, y sosteneros en la superficie de las cosas. Pero ¿quién os asegura que debajo de esa superficie no haya algun apoyo oculto ? Negais sin haber visto ; de suerte que por la fe os libertais de la fe. ¿Y qué será vuestra ciencia, si os refugiais en duda ? El sueño de una sombra, como dijo Píndaro ; alguna cosa semejante á aquellos campos Elíseos del paganismo, que no tenian ni anchura, ni profundidad, ni luz reales ; campos poblados de fantasmas, siendo el primero de ellos la misma felicidad que tanto se ensalzaba.

Abordemos la dificultad que aun me falta presentaros.

¿De dónde proviene que la fe natural, la que tras de cada fenómeno natural reconoce una sustancia natural, de dónde proviene que sea tan fácil; y que la fe religiosa, la que reconoce una sustancia divina tras de los fenómenos, sea por el contrario tan difícil? Al ver los fenómenos de los cuerpos, los de la vida, los del pensamiento, no nos cuesta ningún trabajo creer en la sustancia que los sustenta; ¿de dónde proviene que en presencia de los fenómenos del mundo religioso, nos cuesta tanto trabajo creer en la sustancia invisible de quien ellos son revelación?

Yo podría ante todo negar que la fe natural sea de tan fácil adquisición; porque fuera de los fenómenos sensibles, ¿de qué no se ha dudado? ¿Qué ha sido la filosofía desde su origen, sino una escuela de opiniones contradictorias que ha acabado siempre por engendrar en más ó menos alto grado el escepticismo? ¿No se ha dudado de la existencia de los cuerpos, de la del alma, así como de la existencia de Dios y de la divinidad de Jesucristo? ¿No se ha dudado de las matemáticas y de los primeros principios de la razón? El célebre médico Barthez estaba moribundo: un sacerdote que podía acercársele, fué á verle en su lecho de muerte, donde le encontró triste, por no tener en la mente una sola verdad que le pareciese cierta: «Y qué, señor Barthez, le dijo el sacerdote, ¿no veis por lo menos algo de cierto en las matemáticas?» — «Las matemáticas, respondió Barthez, ofrecen en verdad una serie de consecuencias perfectamente encadenadas; pero ignoro cuál sea su base.» ¡Su base! ¡Lo entendéis, Señores! Barthez no disputaba el fenómeno, buscaba la base, la quería tocar como tocaba el fenómeno; estaba desalentado porque iba á morir sin haberla visto. ¡Infeliz! no sabía que la muerte iba á mostrársela, si bien demasiado tarde! Iba á mostrársela, porque la base de las matemáticas, como la base de todo, es la esencia divina.

De todos modos, Señores, os concedo que para la generalidad de los espíritus vuestra observación es exacta. La generalidad de los espíritus no se toma ningún trabajo por reconocer lo que está oculto detrás de los fenómenos de la naturaleza; ¿por qué, pues, se duda tan fácilmente de las verdades invisibles que se manifiestan por los fenómenos religiosos? Esa facilidad de dudar no estriba en que los fenómenos religiosos sean menos numerosos, menos sorprendentes, menos duraderos que los otros, pues llenan el universo con su presencia, con ellos se tropieza á cada movimiento, y hasta nos impor-

tunan por la perseverancia y la osadía de su acción. A cada instante se queja el mundo de que la religión lo amenaza todo, y todo lo invade; reyes, repúblicas, filósofos, poetas, oradores, artistas, todos los poderes de la tierra se ocupan de ella, como la Holanda se ocupa de su mar para ponerle un dique. Nadie se emplea en detener el sol ó la marea, y muchos se emplean en detener la religión. Sería, pues, falso acusar de rareza ó de impotencia los fenómenos religiosos. Valen tanto y más que los otros: ¿por qué la fe, que es su conclusión legítima, está menos al alcance de nuestras facultades?

¿Serán por ventura los misterios los que nos asusten? Pero, Señores, quien admite la sustancia, admite todo lo que hay más misterioso en el mundo: no podemos representarnos lo que ella es; los sentidos y la mente nada nos enseñan, y sin embargo creemos que ella existe. Desde el momento en que admitís esto, admitís todos los misterios imaginables. Cuando yo adoro el misterio de la Trinidad, me preguntáis si lo comprendo; y yo á mi vez os pregunto si comprendéis la sustancia, cuando afirmáis su existencia. La sustancia, me diréis, no es más que una palabra; sí, pero es una palabra necesaria, fundamental, sagrada, sin la cual nada se concibe. ¿Qué objeciones podéis sacar formalmente del orden fenomenal, el único que os es conocido, contra el orden sustancial que no conocéis? Aun cuando fuera verdad que ningún fenómeno os manifiesta nada que se parezca á la Trinidad, ¿qué se podría deducir sino la semejanza de las dos regiones en que ejerce su acción nuestro entendimiento? Pero no sucede así, y cuando estudiemos los dogmas cristianos os apercebiréis de que el orden sustancial se refleja en todo, aunque con proporciones inferiores, en el orden fenomenal.

Queda siempre en pie la cuestión propuesta: ¿por qué la fe divina es más difícil que la fe natural?

Tentado estoy, Señores, á preguntaros si estais en efecto seguros de que la fe divina sea más difícil que la fe natural. Vivís en un siglo en que la fe religiosa ha padecido en medio de los pueblos una decadencia visible; y os persuadís de que ese estado de miseria moral es el estado normal del género humano. Ese es un error que no justifica la historia. Aristóteles dijo que el hombre es un *animal religioso*; creyó siempre en la Divinidad, en sus comunicaciones privadas y públicas con las almas y los imperios, en la eficacia de la oración, del sacrificio y del culto, en un porvenir feliz ó desdichado más allá del tiempo; creyó todo esto con facilidad extremada, con una imperturbable constancia, no solo cuando la religión era com-

placiente para con sus pasiones, sino despues de haberlas humillado y pulverizado, no solo bajo el reinado de Adónis y de Vénus, sino bajo el reinado sangriento del amor crucificado. La humanidad no ha cesado de acudir con sus votos y sus lágrimas al pié de los altares; no ha cesado de tender hácia Dios manos que le llamaban, manos que le han obtenido, y que son causa de que en el libro mas ilustre y mas santo que existe en el mundo, haya Dios tomado el título sublime de *Deseado de las naciones*. Las gentes de talento han inmolido esa fe de sus ascendientes y de sus hijos á una burla parricida; han blandido contra ella toda arma, la de la ciencia y la del menosprecio, la de la mentira y la de la elocuencia; han lidiado seis mil años contra ella: la fe del pueblo ha sido la mas fuerte, vive, renace, os habla, os impera, y vuestra presencia aquí es una sumision á los mandatos que de ella habeis recibido. ¿Quién de vosotros morirá tranquilo, si la fe no le ha perdonado? ¿Quién de vosotros se adelantará sin miedo hácia la eternidad, si la fe no ha ungido sus piés para el tránsito? ¿Quién de vosotros tiene contra ella otra cosa que sus vicios?

No pregunteis, pues, por qué la fe religiosa es difícil, sino por qué ha padecido alguna disminucion en ciertas épocas, y entre ciertos pueblos; pues por lo demás la humanidad cree en Dios tan fácilmente como cree en la existencia de los cuerpos, y ruega á Dios tan naturalmente como vive. Y en cuanto á vosotros, Señores, que no sois la humanidad, que realmente os cuesta trabajo creer, considerad que se cree de buen grado lo que se ama, y rara vez lo que no se ama. A la cuestion de la fe divina va unida la cuestion de una virtud divina, y yo juzgo que la virtud es la que intimida la fe.

Esta palabra de virtud, Señores, que acabo de pronunciar, y que me recuerda que la fe en sí misma es una virtud, me induce tambien á resolver otra duda que yo no podría dejar en vuestro entendimiento, sin negaros un rayo de luz que resplandece sobre toda la doctrina de la fe.

¿Por qué la fe comparte con la ciencia la direccion de nuestro espíritu? ¿Por qué el mundo natural y el mundo divino no se nos aparecen tales como son hasta en lo mas profundo de sus entrañas? ¿Por qué esa distincion entre el órden interior y el órden exterior, entre el órden sustancial y el órden fenomenal? ¿Por qué, en suma, segun la expresion de Pascal, no vemos *el todo de nada*? Consiste, Señores, en que si hubiéramos visto el todo de cada cosa, de la naturaleza y de Dios, hubiéramos carecido de libertad

moral, y careciendo de libertad moral, no hubiéramos tenido ni virtud ni mérito, y por consiguiente ninguna gloria de corazon delante de Dios.

Ya conoceis esta objecion vulgar contra la virtud: la virtud, se dice, es un cálculo. Un hombre ha puesto á un lado el tiempo y á otro la eternidad, y viendo la eternidad mas grande, ha sacrificado el tiempo. Y los filósofos exclaman: ¿No es este un raro mérito? ¡Nosotros ejercemos actos de virtud sin interés alguno, y esas gentes necesitan no menos que la eternidad para dar una limosna á un pobre! Oid la respuesta de Dios: No se cree sino en tanto que se ama; para creer en la eternidad conviene amar el bien en sí, la justicia en sí misma; conviene empezar por el amor gratuito, que es una virtud. Cuando aparece la recompensa, la fe es la que la manifiesta, y la fe es un acto libre del alma, causado por el amor de la verdad y del bien; de modo que el amor de la verdad y del bien ha precedido á la recompensa. Al principio, la virtud es la que obra, la que abre el corazon, y allí se trasforma en fe. La fe reobra á su vez, cambia en caridad aquel amor inicial que la ha engendrado, y así se forma dentro del hombre un va y viene maravilloso, en donde la virtud resplandece la primera y la última, y en donde la recompensa aparece entre las dos, y todavia en lontananza.

Sí, la fe salva el mundo.

Porque la fe es la condicion de la libertad, y la libertad es la condicion de la virtud; ¿y quién se atreverá á decir que la virtud no salva el mundo? Por esta razon el precepto que el Salvador ha repetido con mas frecuencia es el precepto de creer: *Cree tan solamente* (1), decia. — *¿Creeis que puedo hacer esto* (2)? — *Si no viereis milagros y prodigios, no creeis* (3). — *Porque me has visto, Tomás, has creído: bienaventurados los que no vieron y creyeron* (4). Es decir, bienaventurado aquel que ha amado tanto el bien, que ha amado tanto á Jesucristo, que le ha besado los piés sin tener necesidad de tocar sus heridas con la mano, porque las tocaba con el corazon. Escuchad todavia: *Todo es posible al que cree; porque en verdad os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis á este monte: pasa de aquí allá, y pasará* (5).

(1) S. Lucas, cap. 8, vers. 50. — (2) S. Mateo, cap. 9, vers. 28. — (3) S. Juan, cap. 4, vers. 48. — (4) S. Juan, cap. 20, vers. 29. — (5) S. Mateo, cap. 17, vers. 19.

Y esto es verdad al pié de la letra. Necesitais de máquinas para obrar sobre la naturaleza, y empleais los fenómenos para producir los fenómenos; pero ¿cuál no debe ser la grandeza de los efectos, cuando se obra por la sustancia y sobre la sustancia? ¿Y por qué no han de trasladarse los montes como débil paja? Arquimedes solo pedia una palanca y un punto de apoyo para remover el mundo; pero en su época esa palanca y ese punto de apoyo no eran conocidos como lo son ahora: la palanca es la fe, el punto de apoyo el pecho de Jesucristo. Sí, la fe es omnipotente, porque solo ella va hasta la sustancia, mientras que todo lo demás es de un orden puramente fenomenal y sustancial; la religion es tambien omnipotente, porque hija de la fe, órgano de la fe, madre de la fe, tiene por mision hacer que prevalezca la sustancia sobre el fenómeno, el fondo sobre la superficie, lo infinito sobre lo finito, lo eterno sobre lo pasajero, lo inmutable sobre lo movible, la eternidad sobre el tiempo, Dios sobre el hombre.

SERMON DÉCIMOTERCIO.

De los medios de adquirir la fe.

Toda ciencia se aprende por el estudio de lo fenómenos que se desprenden de su objeto: por consiguiente la ciencia religiosa se aprende por el estudio de los fenómenos religiosos; pero este secreto de la ciencia no es para nosotros el primero, puesto que para ser cristiano no solo se necesita saber, sino sobre todo creer. El gran secreto, Señores, lo que vosotros esperais, es que despues de haber sido atormentados tan largo tiempo por las dudas de la ciencia humana, podais descansar en la certidumbre y felicidad de la fe divina.

Pero ¿qué es lo que conviene hacer para creer? ¿Qué senderos nos están abiertos á través de las oscuridades de las cosas de Dios? ¿Por dónde penetraremos en abismos que son impenetrables? Cuando S. Juan desde el fondo de su destierro de Pathmos descubria los últimos misterios del porvenir, vió en la mano de Dios un libro cerrado con siete sellos, y oyó á un ángel que decia: ¿Quién es digno de abrir el libro y de romper los sellos? Y como nadie podia hacerlo, en el cielo, ni en la tierra, ni en los infiernos, S. Juan se puso á llorar porque nadie podia abrir el libro y verlo, y se le dijo: No llores, hé aqui el leon de la tribu de Judá que ha vencido, el vástago de David que abrirá el libro y romperá los siete sellos. La fe, Señores, es tambien un libro cerrado con siete sellos, y no me engaño al deciros que hay entre vosotros quienes desean abrirlo, y lloran porque no pueden hacerlo. Y yo tambien les digo: No lloreis, porque el leon de la tribu de Judá ha vencido, ha llevado la luz á las tinieblas, la vida á la muerte, y nos ha dado los medios de ir en pos de él y de seguir su huella.

La fe es posible; lo es infinitamente mas que la ciencia: la ciencia será siempre patrimonio de un corto número, mientras que la fe es el patrimonio universal. Sin embargo, hay hombres que no la tienen ó que la han perdido; los hay que la buscan, y dicen que no la encuentran. ¿Cómo se adquiere la fe? ¿Por qué medios po-